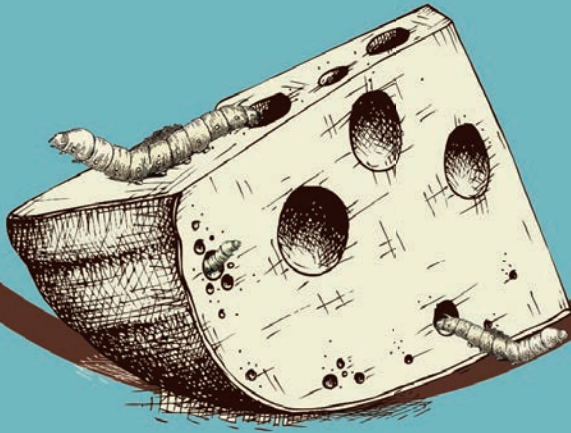


Carlo Ginzburg
El queso y los gusanos

El cosmos según un molinero del siglo XVI



Carlo Ginzburg
El queso y los gusanos
El cosmos según un molinero
del siglo XVI

TRADUCCIÓN DE FRANCISCO MARTÍN

TRADUCCIÓN DE LAS CITAS LATINAS AL CUIDADO
DE FRANCISCO CUARTERO

ediciones península

Título original: *Il formaggio e i vermi*

© Carlo Ginzburg, 1976, 1999

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: febrero de 1982

Primera edición en este formato: febrero de 2016

© de la traducción del italiano: Francisco Martín Arribas, 1981

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2016

Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

VICTOR IGUAL · fotocomposición
BOOK PRINT DIGITAL · impresión
DEPÓSITO LEGAL: B. 304-2016
ISBN: 978-84-9942-439-2

ÍNDICE

Prefacio	13
1. Menocchio	37
2. El país	39
3. Primer interrogatorio	43
4. ¿«Poseso»?	45
5. De Concordia a Portogruaro	45
6. «Hablar de más contra los superiores»	49
7. Una sociedad arcaica	55
8. «Aplastan a los pobres»	59
9. «Luteranos» y anabaptistas	62
10. Molinero, pintor, bufón	67
11. «Opiniones [...] sacadas de mi cerebro»	77
12. Los libros	79
13. Lectores rurales	81
14. Páginas impresas y «opiniones fantásticas»	83
15. Callejón sin salida	85
16. El tiempo de las vírgenes	86
17. El funeral de la Virgen	87
18. El padre de Cristo	90
19. El día del juicio	91
20. Mandeville	98
21. Pigmeos y antropófagos	102
22. «Dios de natura»	107
23. Los tres anillos	109

ÍNDICE

24. Cultura escrita y cultura oral	113
25. El caos	113
26. Diálogo	117
27. Quesos míticos y quesos reales	120
28. El monopolio del saber	124
29. Las palabras del <i>Florilegio</i>	126
30. Función de las metáforas	129
31. «Patrón», «factor» y «maestranzas»	129
32. Una hipótesis	134
33. Religión campesina	139
34. El alma	141
35. «No lo sé»	142
36. Dos espíritus, siete almas, cuatro elementos	144
37. Trayectoria de una idea	145
38. Contradicciones	150
39. El paraíso	152
40. Un nuevo «modo de vivir»	154
41. «Matar curas»	158
42. «Mundo nuevo»	160
43. Final de los interrogatorios	168
44. Carta de los jueces	168
45. Figuras retóricas	171
46. Primera sentencia	174
47. Cárcel	179
48. Regreso a la aldea	182
49. Denuncias	186
50. Diálogo nocturno, con el judío	190
51. Segundo proceso	192
52. «Fantasías»	193
53. «Vanidad y sueños»	197
54. «El mago omnipotente y santo Dios...»	201
55. «Si yo hubiera muerto hace quince años»	203
56. Segunda sentencia	204

ÍNDICE

57. Tortura	205
58. Scolio	206
59. Pellegrino Baroni	214
60. Dos molineros	220
61. Cultura dominante y cultura subalterna	228
62. Cartas de Roma	229
Notas	233
Abreviaturas	299

I

[MENOCCHIO]

Su nombre era Domenico Scandella, y le llamaban Menocchio.¹ Nació en 1532 (en su primer proceso² declaró tener cincuenta y dos años) en Montereale,³ un pueblecito entre las colinas del Friuli, a veinticinco kilómetros al norte de Pordenone, desde el que se divisan los Alpes del Véneto. Siempre vivió allí, salvo durante dos años de destierro (1564-1565), por motivo de una riña,⁴ durante los que residió en otro pueblo cercano —Arba— y en una localidad de la comarca de Carniola que no conocemos. Estaba casado y era padre de siete hijos; otros cuatro murieron. Al canónigo Giambattista Maro, vicario general del inquisidor de Aquileia y Concordia, le declaró que sus actividades eran de «molendero, carpintero, serrar, hacer muros y otras cosas». Pero fundamentalmente trabajaba como molinero y vestía las prendas tradicionales del oficio:⁵ bata, capa y gorro de lana blanca. Así compareció en el proceso, vestido de blanco.

Dos años más tarde⁶ diría a sus inquisidores que era «pobrísimo»: «Sólo tengo dos molinos en alquiler y dos campos como aparcerero,⁷ con ello he sustentado y sustentado a mi pobre familia». Pero desde luego exageraba. Aunque buena parte de las cosechas sirviera para pagar y tuviera que satis-

facer el impuesto del canon sobre los terrenos y el alquiler de los dos molinos (probablemente en especies),⁸ debía quedarle suficiente para vivir y hasta salir de apuros en las malas temporadas. Sabemos que, cuando estuvo desterrado en Arba,⁹ alquiló enseguida otro molino. Su hija Giovanna,¹⁰ al casarse (casi un mes después de la muerte de Menocchio), aportó una dote equivalente a 256 libras y nueve sueldos. No era gran cosa, pero tampoco una miseria en comparación con lo habitual en la región por aquellos tiempos.

A grandes rasgos, no parece que la situación de Menocchio,¹¹ en el microcosmos social de Montereale, fuese de las peores. En 1581 había sido alcalde de su municipio y de las «villas» circundantes (Gaio, Grizzo, San Lonardo, San Martino),¹² así como, en fecha no precisada, «camarero», es decir administrador, de la parroquia de Montereale. No sabemos si allí, como en otras localidades de Friuli, el antiguo sistema de cargos rotativos¹³ había sido reemplazado por el sistema electivo. Si así era, el hecho de saber «leer, escribir y cuentas»¹⁴ debió de jugar en favor de Menocchio. Desde luego los camareros¹⁵ solían elegirse entre personas que habían ido a una escuela pública elemental, en donde aprendían incluso algo de latín. Existían escuelas de este tipo¹⁶ en Aviano y Pordenone; sin duda Menocchio asistió a una de ellas.

El 28 de septiembre de 1583 Menocchio fue denunciado al Santo Oficio.¹⁷ La acusación era haber pronunciado palabras «heréticas e impías» sobre Cristo. No se trataba de una blasfemia ocasional: Menocchio había intentado expresamente difundir sus opiniones, argumentándolas («praedicare et dogmatizare non erubescit»). Con ello su situación era grave.

Estos intentos de proselitismo quedaron claramente confirmados en la encuesta informativa que un mes más

MENOCCHIO

tarde se iniciaría en Portogruaro, y proseguiría en Concordia y en el propio Montereale. «Siempre está llevando la contra en cosas de la fe, por discutir, y también con el párroco», declaró Francesco Fassetta al vicario general.¹⁸ Otro testigo, Domenico Melchiori, manifestó: «Suele discutir con unos y con otros, y como quería discutir conmigo yo le dije: “Yo soy zapatero y tú molinero, y tú no eres docto, ¿a qué disputar sobre esto?”». ¹⁹ Las cosas de la fe son graves y difíciles, lejos del alcance de molineros y zapateros: para discutir es necesaria la doctrina, y los depositarios de ella son antes que nada los clérigos. Pero Menocchio afirmaba no creer que el Espíritu Santo gobernase la Iglesia, y añadía: «Los preladados nos tienen dominados y que no nos resistamos, pero ellos se lo pasan bien»; en cuanto a él: «Conocía mejor a Dios que ellos». ²⁰ Y cuando el párroco del pueblo le condujo a Concordia, ante el vicario general, para que aclarara sus ideas, le reconvino diciéndole «Estos caprichos tuyos son herejías», ²¹ Menocchio le prometió no enzarzarse más en discusiones, pero volvió enseguida a las andadas. En la plaza, en la hostería, ²² en el camino de Grizzo o de Daviano, de regreso de la montaña: «Suele con todo el que habla —dice Giuliano Stefanut— salir con razonamientos sobre las cosas de Dios, y siempre meter algo de herejía: así porfía y grita para mantener su opinión». ²³

2

[EL PAÍS]

No es fácil captar, por las actas del sumario, cuál fue la reacción de los paisanos de Menocchio a sus palabras; está claro que ninguno estaba dispuesto a admitir el hecho de haber escuchado aprobatoriamente los argumentos de un sospe-

choso de herejía. Por el contrario, alguno se apresuró a manifestar al vicario general que instruía el caso su propia reacción de enojo. «¡Quita, Menocchio, por gracia, por amor de Dios, no digas esas cosas!», había exclamado Domenico Melchiori al oírle.²⁴ Y Giuliano Stefanut: «Yo le he dicho muchas veces, y sobre todo cuando íbamos hacia Grizzo, que le aprecio, pero no puedo soportar lo que dice sobre cosas de la fe, porque siempre me pelearé con él, y si cien veces me matase y yo resucitara, siempre me haría matar por la fe».²⁵ El sacerdote Andrea Bionima le lanzó incluso una amenaza velada: «Calla, Domenego, no digas esas cosas, porque algún día podrías arrepentirte».²⁶ Otro testigo, Giovanni Povoledo, dirigiéndose al vicario general, hizo una definición, aunque peque de genérica: «Tiene mala fama, es decir, opiniones equivocadas sobre la rama de Lutero».²⁷ Pero este coro de voces no debe inducirnos a engaño. Casi todos los interrogados declararon conocer de mucho tiempo a Menocchio: algunos hacía treinta o cuarenta años, otros veinticinco, otros veinte.²⁸ Uno de ellos, Daniele Fasseta, dijo que le conocía «desde que era un chuponcillo porque somos de la misma parroquia».²⁹ Parece que algunas de las afirmaciones de Menocchio databan no sólo de algunos días atrás, sino de «muchos años»,³⁰ hasta de treinta años antes. En todo ese tiempo nadie del pueblo le había denunciado. Y sin embargo, todos conocían sus discursos; la gente los repetía,³¹ quizá con curiosidad, quizá moviendo la cabeza. En los testimonios recogidos por el vicario general no se advierte una clara hostilidad hacia Menocchio, a lo sumo desaprobación. Ciertamente algunos de ellos son parientes, como Francesco Fassetta o Bartolomeo di Andrea, primo de su mujer, que lo define como «hombre de bien». Pero, por otra parte, el propio Giuliano Stefanut que había plantado cara a Menocchio, diciéndose dispuesto

a dejarse «matar por la fe», añade: «Yo le aprecio». Nuestro molinero, alcalde del pueblo y administrador de la parroquia, no vivía precisamente al margen de la comunidad de Montereale. Muchos años más tarde, durante el segundo proceso, un testigo declaró: «Yo siempre le veo con gente y creo que es amigo de todos».³² A pesar de todo, en un momento determinado, fue víctima de una denuncia que puso en marcha el sumario.

Como veremos, los hijos de Menocchio enseguida atribuyeron la delación anónima al párroco de Montereale, el padre Odorico Vorai. No se equivocaban. Entre él y Menocchio existían rencillas: hacía cuatro años que el molinero se confesaba fuera del pueblo.³³ Ciertamente que el testimonio de Vorai con el que se cierran las indagaciones del proceso es curiosamente elusivo: «No puedo recordar exactamente qué cosas decía, por tener poca memoria, y por mis ocupaciones en otros asuntos».³⁴ En principio, ninguno mejor que él para facilitar al Santo Oficio información sobre el asunto, pero el vicario general no insistió. No había necesidad: había sido el propio Vorai,³⁵ instigado por otro cura —el padre Ottavio Montereale,³⁶ miembro de la familia señorial del pueblo—, quien transmitió la denuncia detallada sobre la que se basaron los interrogatorios del vicario general a los testigos.

Es fácil explicar tal hostilidad del clero local. Como hemos visto, Menocchio no reconocía a las jerarquías eclesásticas ninguna autoridad especial en cuestiones de fe. «¡Los papas, los prelados, los curas!, decía con desprecio que no creía en ellos», alegó Domenico Melchiori.³⁷ A fuerza de discutir y polemizar por calles y hosterías, Menocchio debía de haber casi llegado a impugnar la autoridad del párroco.³⁸ Pero ¿qué es lo que decía Menocchio?

Para empezar, no sólo blasfemaba «desmesuradamente»,³⁹ sino que sostenía que blasfemar no era pecado (según

otro testigo, no era pecado blasfemar de los santos, pero sí de Dios) y añadía sarcástico: «Cada uno hace su oficio, unos aran, otros vendimian, y yo hago el oficio de blasfemar».⁴⁰ Además hacía extrañas afirmaciones, que sus paisanos refieren más o menos fragmentariamente y de forma inconexa al vicario general. Por ejemplo: «El aire es Dios [...] la tierra es nuestra madre»; «¿Quién os imagináis que es Dios? Dios no es más que un hálito, y todo lo que el hombre pueda imaginarse»; «todo lo que se ve es Dios, y nosotros somos dioses»; «el cielo, tierra, mar, aire, abismo e infierno, todo es Dios»; «qué creéis, ¿que Jesucristo nació de la Virgen María?; no es posible que le haya parido y siguiera siendo virgen: puede que haya sido algún hombre de bien o el hijo de algún hombre de bien».⁴¹ Hasta se decía que escondía libros prohibidos, especialmente la *Biblia* en lengua vulgar: «Siempre discute sobre esto y aquello, tiene la *Biblia* vulgar y en ella se fundamenta obstinándose en sus razonamientos».⁴²

Mientras se iban recogiendo los testimonios, Menocchio empezó a sospechar que se estaba preparando algo contra él. Por ello fue a visitar al vicario de Polcenigo, Giovanni Daniele Melchiori,⁴³ amigo de la infancia, quien le exhortó a presentarse voluntariamente al Santo Oficio, o por lo menos a obedecer sin dilación cualquier citación que se produjera, y le amonestó así: «Contéstales a todo lo que te pregunten y no intentes hablar de más ni trates de hablar de estas cosas; responde únicamente a lo que te pregunten». También Alessandro Policreto, un antiguo abogado de Menocchio, a quien se encontró casualmente en casa de un amigo suyo mercader de leña, le aconsejó presentarse a los jueces reconociéndose culpable, pero declarando al mismo tiempo no haber creído nunca sus propias afirmaciones heterodoxas. Por ello Menocchio fue de inmediato a

PRIMER INTERROGATORIO

Maniago, obedeciendo la citación del tribunal eclesiástico. Pero al día siguiente, 4 de febrero, visto el curso que tomó la instrucción sumarial, el inquisidor en persona, el franciscano fray Felice da Montefalco, le hizo arrestar y «llevar esposado» a la cárcel del Santo Oficio de Concordia.⁴⁴ El 7 de febrero de 1584 Menocchio fue sometido a su primer interrogatorio.

3

[PRIMER INTERROGATORIO]

A pesar de los consejos que le habían dado, muy pronto se mostró extremadamente locuaz. Intentó presentar su postura bajo un ángulo más favorable que el que arrojan los testimonios. Por ejemplo, aun admitiendo haber tenido, dos o tres años antes, dudas sobre la virginidad de María y haber hablado con varias personas, entre ellas un sacerdote de Barcis, puntualizó: «Es cierto que yo he dicho estas palabras ante varias personas, pero no las exhortaba a que las creyeran, y al contrario, he exhortado a muchos diciéndoles: “¿Queréis que os enseñe el camino verdadero? Tratad de hacer el bien y seguir el camino de mis antecesores, y lo que manda la Santa Madre Iglesia”. Pero las palabras que yo antes pronunciara, las decía por tentación, y porque así las creía y quería enseñar a otros; ha sido el espíritu maligno el que me hacía creer aquellas cosas y asimismo me incitaba a decirlas a otros».⁴⁵ Con esta declaración, Menocchio confirmaba sin más, inconscientemente, la sospecha de que se había atribuido en el pueblo el papel de maestro en doctrina y en comportamiento («¿Queréis que os enseñe el camino verdadero?»). En cuanto al contenido heterodoxo de este tipo de prédica no había dudas, y sobre todo ante la exposi-

ción que haría Menocchio de su singularísima cosmogonía, de la que al Santo Oficio había llegado hasta entonces un eco confuso: «Yo he dicho que por lo que yo pienso y creo, todo era un caos, es decir, tierra, aire, agua y fuego juntos; y aquel volumen poco a poco formó una masa, como se hace el queso con la leche y en él se forman gusanos, y éstos fueron los ángeles; y la santísima majestad quiso que aquello fuese Dios y los ángeles; y entre aquel número de ángeles también estaba Dios, creado también él de aquella masa y al mismo tiempo, y fue hecho señor con cuatro capitanes, Luzbel, Miguel, Gabriel y Rafael. Aquel Luzbel quiso hacerse señor comparándose al rey, que era la majestad de Dios, y por su soberbia Dios mandó que fuera echado del cielo con todos sus órdenes y compañía; y así Dios hizo después a Adán y Eva, y al pueblo, en gran multitud, para llenar los sitios de los ángeles echados. Y como dicha multitud no cumplía los mandamientos de Dios, mandó a su hijo, al cual prendieron los judíos y fue crucificado».⁴⁶ Y añadió: «Yo no he dicho nunca que le mataran como a una bestia» (era una de las acusaciones contra él: más tarde admitiría que sí, que podía haber dicho algo así).⁴⁷ «Yo he dicho claramente que se dejó crucificar, y aquel que fue crucificado era uno de los hijos de Dios, porque todos somos hijos de Dios, y de la misma naturaleza que el crucificado; y era hombre como nosotros, pero de mayor dignidad, como si dijéramos hoy día el Papa, que es hombre como nosotros, pero con más dignidad que nosotros porque tiene poder; y el que fue crucificado nació de san José y la Virgen María».